

CAPÍTULO 2

**Dimensión trascendente
del ser humano**

La vida como tarea

La vida puede entenderse como una tarea, en tanto que constituye un desafío que debemos afrontar. Nacemos con un conjunto de potencialidades que necesitamos desarrollar a lo largo de nuestra existencia. Esto implica la necesidad de aprender, crecer, madurar y alcanzar nuestro pleno potencial.

Asimismo, la vida puede concebirse como una tarea porque conlleva responsabilidades: debemos cuidar de nosotros mismos, de nuestros seres queridos y del mundo que nos rodea, actuando siempre de manera responsable y ética.

En este contexto, e inspirados en la idea de una *civilización del amor*, acuñada por Pablo VI y profundizada posteriormente por san Juan Pablo II, es posible proponer un enfoque de vida basado en la comunidad, en el que el amor se convierte en un estilo de vida y en un proyecto espiritual a nivel personal, familiar y social (Martí del Moral, s. f.).

En efecto, en 1975, el papa Pablo VI convocó al Año Santo de la *renovación y reconciliación* de toda la humanidad. Al concluir este período, durante la homilía de la misa de Nochebuena, propuso la construcción de una *civilización del amor* como culminación del Año Santo y como una extensión del proceso de renovación iniciado en la Iglesia. Esta invitación a edificar un mundo más justo, solidario y fraterno se consolidaría en el devenir histórico de la Iglesia y de la comunidad católica (Silva, 1981).

Desde esta perspectiva, la Iglesia, a través de la teología cristiana, ha formulado un plan para la familia y la sociedad, basado en su concepción de Dios y del ser humano, y sustentado en una visión de la vida como tarea. Este plan tiene como objetivo promover la vida humana en todas sus dimensiones y fomentar la construcción de una sociedad con mayor justicia y equidad (Martí del Moral, s. f.).

Se propone la *civilización del amor* como el conjunto de dimensiones morales, cívicas y económicas que facilitan una vida humana con mayores oportunidades, plenitud racional y un destino eterno dichoso (Silva, 1981). En este contexto, el amor divino no solo constituye el núcleo de la vida del creyente, sino también el fundamento para la construcción de una sociedad más justa y fraterna. En otras palabras, el progreso y la historia de la humanidad avanzan hacia el amor y se nutren de él (Martí del Moral, s. f.).

Según el Concilio Vaticano II (1965), la ley fundamental de la vida humana es el amor de Dios. Creer en este amor implica asumir la fraternidad

universal, que puede edificarse a través de acciones cotidianas marcadas por la bondad y la generosidad. Quienes creen en la caridad divina están convencidos de que abrir los caminos del amor a todos los seres humanos es posible. La caridad, en efecto, se manifiesta en la vida diaria, y no solo en eventos extraordinarios.

La civilización a la que aspiramos se edifica a partir del amor. Esta civilización, que surge del afecto hacia la humanidad y tiene como objetivo brindarle una experiencia auténticamente feliz, debe centrarse en la exploración y afirmación de los valores verdaderos y plenos de la vida. De ahí la importancia de construir una sociedad nueva, cimentada en la *civilización del amor*, para que la humanidad pueda encontrar el sendero hacia el progreso, la tranquilidad, la paz y el bien común (Silva, 1981).

La construcción de una *civilización del amor* comienza por establecer relaciones humanas fundamentadas en el amor, la justicia y la paz. Estas relaciones deben vivirse, en primer lugar, en los espacios más cercanos de la vida social, como la familia, la parroquia y la escuela. Una vez consolidadas en estos ámbitos, pueden extenderse progresivamente hacia las estructuras más amplias de la sociedad. Esto implica transformar dichas estructuras para que reflejen nuestra condición de hijos de Dios y, por ende, de hermanos entre nosotros (Pablo VI, 1976).

Para san Juan Pablo II (1999), el mensaje de amor contenido en el Evangelio promueve valores humanos esenciales, como la solidaridad, el anhelo de libertad e igualdad, y el respeto por la diversidad de expresiones culturales. El núcleo de la *civilización del amor* reside en el reconocimiento del valor intrínseco de cada persona, sin excepción.

Desde esta perspectiva, el cristianismo ha ofrecido una valiosa contribución: la reflexión sobre el misterio trinitario y sobre la persona encarnada del Verbo ha dado origen, de forma gradual, a una doctrina antropológica que concibe a la persona humana como un ser esencialmente relacional.

En este sentido, se puede afirmar que la vida, entendida como tarea, constituye el proyecto que Dios nos ha encomendado vivir conforme a su voluntad. Esta voluntad se manifiesta en el Evangelio, que nos enseña a amar a Dios y al prójimo, a vivir con justicia y paz, a servir a los más necesitados y a cuidar de la creación.

La vida como tarea es un don de Dios que debemos asumir con responsabilidad y ética. Esto implica trabajar activamente por un mundo

más justo y pacífico, donde todos los seres humanos puedan vivir con dignidad y plenitud.

Por tanto, la vida representa una oportunidad constante para crecer y desarrollarnos como personas. A través de nuestras acciones, somos llamados a amar, crear y transformar el mundo.

Profundización

Para una mejor comprensión del concepto de *civilización del amor*, se recomienda el video *San Juan Pablo II: Civilización del amor* <https://acortar.link/hhSc1w> (Vaticano, 2021) y profundizar mediante la lectura de la audiencia general del 15 de diciembre de 1999, en la que el papa Juan Pablo II reflexiona sobre el compromiso cristiano en la transformación del mundo (<https://acortar.link/0OFjBA/>).

Comunidad y amor

La comunidad está compuesta por un grupo de personas que comparten valores, creencias o intereses comunes, ya sean de índole moral, religiosa, política o cultural. Representa una forma de organización social que facilita la interacción y cooperación entre sus miembros para alcanzar objetivos compartidos.

En el ámbito teológico, la comunidad se define como un grupo de individuos que comparten una fe común, ya sea arraigada en una religión específica o en una creencia más general hacia la humanidad o el universo. En este contexto, la comunidad se configura como una estructura social que proporciona a sus miembros un sentido de pertenencia y que orienta sus acciones hacia la promoción del bien común.

El amor puede entenderse como la máxima expresión del ser humano, recibido como don de Dios, y constituye el fundamento de la vida comunitaria cristiana, tal como lo afirma el papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est* (2005). Por esta razón, los cristianos están llamados a vivir una vida de amor, reflejando el amor divino en sus palabras y acciones.

El Papa fundamenta esta idea citando la Primera carta de san Juan: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él” (1 Jn 4, 16).

Para el papa Benedicto XVI (2005), Dios es amor: un misterio que se nos ofrece como don. Este amor nos impulsa a alabarlo, pues nos revela que no somos nosotros quienes buscamos a Dios, sino que es Él quien nos busca a nosotros. Esta revelación se hace aún más palpable en la encarnación, que nos muestra que somos hijos de Dios (Cuadros Aponte, 2014).

El amor de Dios hacia nosotros nos invita a reflexionar sobre la naturaleza divina y sobre nuestra propia existencia. Este amor es esencial para comprender no solo nuestra identidad, sino también el mundo en el que vivimos. Aunque la concepción del amor puede variar entre culturas, sus raíces se encuentran en una conexión amorosa que nos vincula con nosotros mismos, con los demás y con el Creador (Benedicto XVI, 2005).

El amor al prójimo es reflejo del amor de Dios; expresa no solo nuestra individualidad, sino también nuestra dimensión comunitaria. La Iglesia, como comunidad de creyentes, está llamada a poner en práctica ese amor, y para lograrlo necesita una estructura que le permita servir a los demás de manera ordenada. Esta comunidad se sustenta en principios sociales basados en la razón y en aquello que es natural para cada ser humano.

La Iglesia tiene un papel esencial en la promoción de una sociedad fundada en el amor y en la justicia social. Este compromiso se concreta mediante la educación, la evangelización y la acción social. Por ello, está llamada a defender los derechos fundamentales de toda persona: el derecho a la igualdad, la dignidad, la vida, la libertad, la justicia y la paz (Benedicto XVI, 2005).

Así pues, es necesario establecer las bases para una comunidad de amor, impregnada de solidaridad, justicia y fraternidad. En este proceso, el papel de la Iglesia como comunidad es vital para el acompañamiento espiritual, ético, social y educativo. Este es el ideal que debe asumirse como *comunidad del amor*: educar a los ciudadanos en los principios de la justicia social y promover la participación en el bien común a través de una organización que trabaje en favor de los más necesitados.

El papa Benedicto XVI (2005) sostiene que el amor, entendido como caridad, es una necesidad humana, ya que ninguna sociedad, por justa que sea, puede prescindir de él. El amor se expresa en el consuelo a quienes sufren, en la compañía a los que están solos y en la asistencia a quienes necesitan apoyo espiritual y material.

Si bien es cierto que, en términos políticos, el Estado se ha constituido como garante del bien común, este no puede proporcionar

amor. El amor es una necesidad humana fundamental que requiere atención personal. El Estado puede brindar ayuda, pero no puede sustituir la cercanía ni el apoyo afectivo que permiten a las personas vivir una vida plena (Benedicto XVI, 2005).

Varias instituciones de la sociedad, como la familia y la misma Iglesia, pueden ofrecer ese amor personal que ayuda a las personas a superar el sufrimiento, la soledad y la necesidad. La Iglesia, como comunidad viva, trabaja activamente en favor del prójimo. En ella se vive el amor cristiano, entendido como servicio desinteresado a los demás (Benedicto XVI, 2005).

Esta comunidad del amor no solo brinda ayuda material, sino también acompañamiento y cuidado espiritual, indispensables para el desarrollo integral, tanto personal como social. Pensar que unas estructuras justas harían innecesarias las obras de caridad refleja una concepción materialista del ser humano, basada en la errónea idea de que se vive “solo de pan” (Mt 4, 4; cf. Dt 8, 3), lo cual se aleja de la verdadera condición humana (Benedicto XVI, 2005).

El amor es la fuerza que mueve a la comunidad. Siguiendo el pensamiento de san Pablo, en la comunidad cristiana el amor se manifiesta de dos maneras: *el ágape*, que es un amor universal, incondicional y desinteresado, y la *filadelfia*, que es un amor fraternal, basado en la comunidad de fe y de pertenencia. El *ágape* es el fundamento de la *filadelfia*, pues es el amor que crea y sostiene la vida comunitaria. El amor universal nos lleva a reconocer a todos los seres humanos como hermanos y nos motiva a ayudarnos y servirnos mutuamente (Piñero Mariño, 2007).

La *filadelfia* es la expresión concreta del *ágape* en el seno de la comunidad cristiana. Es el amor que fortalece los lazos entre los miembros de la comunidad, ya que genera un vínculo de confianza, solidaridad y apoyo mutuo. En definitiva, el amor es el motor que da vida a la comunidad. Es lo que permite que esta sea un espacio donde las personas se sientan acogidas, valoradas y acompañadas (Piñero Mariño, 2007).

Como corolario, se puede afirmar que el amor es una fuerza vital en la vida comunitaria. Constituye su fundamento, proporcionando sentido de pertenencia, apoyo y seguridad a sus miembros. En el ámbito teológico, el amor es la esencia misma de Dios y la base de la vida cristiana. Los cristianos están llamados a vivir una existencia marcada por el amor, reflejando en su vida y en sus acciones el amor divino.

Las comunidades, como la familia y la Iglesia, tienen un papel esencial en la promoción del amor y de la justicia social. Por ello, el amor es la fuerza que impulsa a la comunidad a promover el bien común.

Profundización

Para ampliar esta reflexión, se sugiere el video *Benedicto XVI: La caridad con el prójimo es tan importante como el amor de Dios* (Vaticano, 2020): <https://acortar.link/N1NEpe/>

Asimismo, se recomienda la lectura de la encíclica *Deus caritas est*, del papa Benedicto XVI, dirigida a obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, sobre el amor cristiano: <https://acortar.link/sMjUxJ/>

La alteridad y el cuidado de sí

Para abordar el concepto de *alteridad*, resulta esencial partir de su origen etimológico. Este término proviene del latín *alter*, que significa “otro”, al que se añade el sufijo “-dad”, utilizado para expresar una cualidad. Así, la alteridad puede definirse como la condición o cualidad de ser otro. En su raíz latina, *alter* hace referencia al “otro” desde la perspectiva del “yo”.

En el ámbito filosófico, esta noción se emplea para señalar el descubrimiento del otro y de sus intereses, lo que implica un reconocimiento del “no yo”, del “otro” o del “tú”. Este descubrimiento supone la capacidad de asumir una perspectiva distinta a la propia, sin necesidad de renunciar a la visión personal, sino aceptando que existen otras posibles (De Fuentes Miret, 2022).

La alteridad se manifiesta como un principio filosófico que invita a alternar la perspectiva propia con la del otro, reconociendo que los puntos de vista, intereses, ideologías y concepciones del mundo del “yo” no son absolutos. Este principio exige una actitud abierta al diálogo, en la que se busca comprender al otro en su individualidad, estableciendo relaciones basadas en la empatía y el respeto mutuo (De Fuentes Miret, 2022).

En esencia, la alteridad no solo consiste en identificar al “otro”, sino en adoptar una postura que permita ver el mundo desde su perspectiva. Este ejercicio de intercambio de miradas y reconocimiento de diferencias es fundamental para el desarrollo de una convivencia plural y enriquecedora (De Fuentes Miret, 2022).

La alteridad implica el reconocimiento de la existencia de un sujeto distinto al propio, dotado de necesidades, deseos y valores particulares. En Levinas (2012) se presenta una noción de alteridad concebida como un acontecimiento que nos antecede y nos constituye como sujetos morales. Este “otro” nos interpela, nos obliga a trascender nuestra propia perspectiva y a reconocer su dignidad. Así, la alteridad se convierte en una fuente de ética y libertad, al desafiarnos a pensar en el otro, actuar en su beneficio y contribuir a la construcción de un mundo más justo y solidario (Méndez Reyes e Iza Villacís, 2021).

En efecto, la filosofía de la alteridad, para Levinas (1987), promueve una ética que se revela a través del rostro del otro, considerado como el aspecto esencial que trasciende la relación entre el yo y el otro. Levinas (2012) sostiene que la ética adquiere significado al reconocer la singularidad del rostro como puerta de entrada a una filosofía primera de la alteridad.

La relación intersubjetiva entre el yo y el otro se manifiesta en la inmediatez del rostro, revelándose tanto en la interioridad como en la exterioridad del yo que lo percibe. Una ética de la alteridad, entonces, se fundamenta en la profundidad de esta conexión inmediata, donde el yo y el otro se reconocen mutuamente en un acto intrínsecamente intersubjetivo (Méndez Reyes e Iza Villacís, 2021).

La filosofía de la alteridad se revela como el acontecimiento inmediato de comunicación y relación entre el yo y el otro. Este evento se manifiesta mediante una praxis de responsabilidad, compasión y amor hacia el otro, cuya presencia se concreta en el rostro, considerado una característica ontológica y ética del ser. La cuestión ética se enmarca en el postulado intersubjetivo del amor, entendido como agradecimiento, reciprocidad y responsabilidad. En este contexto, el otro se presenta como la expresión más auténtica del yo, encarnando valores como la justicia y la verdad. Así, la filosofía de la alteridad se configura como un tejido complejo de relaciones éticas fundamentadas en la conexión inmediata entre el yo y el otro (Méndez Reyes e Iza Villacís, 2021).

En cuanto al cuidado de sí, este se define, según Foucault (2002), como un conjunto de prácticas que permiten al individuo establecer una relación particular consigo mismo, constituyéndose como sujeto responsable de sus propias acciones (Garcés Giraldo y Giraldo Zuluaga, 2013).

En su etapa ética, Foucault sostenía que la vida debía entenderse como una obra de arte, un proceso creativo orientado a la transformación personal. Esto implica convertir la existencia en una creación única y liberarse de las estructuras sociales opresivas que promueven actitudes individualistas. En este sentido, el sujeto ético es aquel que se compromete a moldearse a sí mismo, buscando construir un sentido trascendente y significativo para su vida (Garcés Giraldo y Giraldo Zuluaga, 2013).

Por ello, el cuidado de sí mismo es una condición indispensable para el cuidado del otro y para una vivencia plena de la alteridad. Al cuidarnos, nos colocamos en mejores condiciones para preocuparnos por los demás y actuar solidariamente, lo cual lleva la alteridad a una nueva dimensión. No se trata únicamente de cuidar al otro, sino de abrirnos a la realidad que vive la comunidad. Esto implica estar atentos a situaciones como la exclusión, la violencia intrafamiliar, los despidos, la quiebra económica y la vulnerabilidad que afecta a millones de personas (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

El cuidado de sí mismo nos permite estar presentes para el otro, acompañarlo en su dolor y sufrimiento. Facilita la construcción de relaciones basadas en la confianza y la solidaridad, elementos esenciales para el desarrollo de una sociedad más justa. Además, constituye una forma de resistencia frente a la violencia, la exclusión y la injusticia. En última instancia, es una vía para construir un mundo más humano y habitable para todos (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

Ocuparse de sí implica recuperar un modo de vida que ha sido descuidado debido a las exigencias impuestas por la sociedad consumista y el mercado. Este enfoque conlleva, de manera natural, una preocupación por los demás: la familia, los amigos, los vecinos y los compañeros de trabajo. Esta perspectiva filosófica no solo es clave para comprender nuestra existencia, sino también para influir en la configuración de nuestro proyecto de vida mediante la práctica cotidiana (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

El cuidado de sí es una práctica que permite desaprender hábitos egoístas y poco altruistas. Este proceso de desaprendizaje es esencial para construir una nueva cultura de sí, basada en el amor propio, la compasión y la solidaridad. En el contexto actual, esta práctica cobra una importancia aún mayor: la pandemia, los conflictos bélicos, la crisis económica y otros desafíos globales han puesto a prueba nuestra resiliencia y capacidad de adaptación. El cuidado de sí nos fortalece para enfrentar estas adversidades (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

Desde esta perspectiva, el cuidado de sí implica reconocer al otro como un igual, como un sujeto con los mismos derechos y necesidades que nosotros. Tanto el “yo” como el “otro” debemos desaprender conjuntamente los hábitos individualistas, materialistas y consumistas que la sociedad nos ha inculcado. Estamos marcados por la presencia del otro, quien se convierte en reflejo y autorretrato de lo que somos como sujetos. Al cuidarnos a nosotros mismos, también cuidamos al otro, ya que al reconocernos como sujetos, reconocemos también la subjetividad del otro (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

Para Foucault (2002), el cuidado de sí es una práctica social que nos permite salir de la soledad y conectarnos con los demás. Es una forma de construir relaciones significativas, participar activamente en la sociedad y contribuir a su transformación. Este cuidado brinda la oportunidad de reflexionar sobre nuestras vidas, redescubrirnos y conectar con los demás de manera más profunda. Así entendido, el cuidado de sí es una estrategia de resistencia frente al aislamiento y un camino hacia la construcción de una nueva sociedad (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

La filosofía de la alteridad, desde la perspectiva del cuidado de sí, es una forma de respetarnos a nosotros mismos, a los demás y a la diversidad del mundo. Implica mirarnos con amor y apreciación, lo cual nos permite mirar a los demás de la misma manera. Este cuidado requiere reconocernos en nuestros pensamientos, sentimientos y acciones, aceptándonos tal como somos, con nuestras fortalezas y debilidades (Iza Villacís y Méndez Reyes, 2020).

Tanto la filosofía de la alteridad como el cuidado de sí nos ayudan a:

- Reflexionar sobre nuestras vidas, pensamientos, sentimientos y acciones.
- Reconocer nuestras fortalezas y debilidades.
- Aceptarnos con nuestras limitaciones.
- Conectarnos con los demás de una manera más profunda.

La reflexión sobre la alteridad, el cuidado de sí mismo y la trascendencia de la vulnerabilidad adquiere un tratamiento especial en el pensamiento de san Juan Bosco. En su visión, destaca la importancia de cuidar de uno mismo para poder cuidar y comprender efectivamente a los demás. Don Bosco aboga por el acompañamiento a los más vulnerables, reconociéndolos como un punto de encuentro y de comprensión mutua.

Desde esta perspectiva, la conexión entre el cuidado personal y el reconocimiento del otro es fundamental para construir una comunidad donde la atención y la compasión se entrelacen, dando paso a una nueva acción fundamentada en la caridad.

En este sentido, en la obra de Don Bosco (2004), encontramos una propuesta de alteridad y cuidado de sí, presente en su acción pedagógica y evangelizadora, orientada a combatir la injusticia, la desigualdad y la exclusión que sufrían los jóvenes de su tiempo. Esta propuesta surge como una respuesta desde la fe y la religión, ofreciendo alternativas ante esa realidad. Su Sistema Preventivo, centrado en el acompañamiento, la sensibilidad humana, el afecto, la comprensión y el amor, está dirigido a niños y adolescentes marginados y en situación de vulnerabilidad (Méndez Reyes, 2021).

Este planteamiento educativo es pastoral en su sentido más amplio: acoge, escucha y reconoce al otro en su situación, invitándolo a un espacio de esperanza, alegría y amor. Este espacio no se reduce a formas institucionalizadas de educación, sino que engloba un contexto de armonía y espiritualidad plena, que permite a los jóvenes encontrarse consigo mismos y con su vocación, a la luz del mensaje de Jesús como maestro, guía, modelo y ejemplo de vida (Méndez Reyes, 2021).

Don Bosco (2004) se preocupó profundamente por los más necesitados, especialmente por los jóvenes excluidos. En ellos reconocía el rostro de Cristo y sentía la necesidad urgente de brindarles todo el apoyo posible para que pudieran salir de la situación de pobreza y abandono en la que se encontraban (Méndez Reyes, 2021).

Esta preocupación nace de su formación teológica cristiana, la cual lo llevaba a ver a los jóvenes como seres humanos dotados de dignidad y potencial. Don Bosco creía firmemente que todos los jóvenes, sin importar su condición social, merecían la oportunidad de desarrollarse plenamente (Méndez Reyes, 2021).

Su propuesta pedagógica se fundamenta en el cuidado de sí y en la alteridad, pilares visibles en su *Sistema Preventivo*. A través de los principios de la razón, la religión y el amor, promovió el cuidado personal en los jóvenes, facilitando el desarrollo de su potencial y fortaleciendo su resiliencia ante los desafíos de la vida. Simultáneamente, impulsó una ética de la alteridad, considerando al joven como un interlocutor clave para construir relaciones significativas, fomentar la conciencia social y promover el compromiso con el bien común.

Profundización

Para profundizar en la comprensión de la ética desde una perspectiva relacional y actual, se recomienda revisar los siguientes materiales. El video *La ética, el otro y la alteridad* (<https://acortar.link/FT6xmn/>) ofrece una visión clara sobre cómo el reconocimiento del otro fundamenta nuestras decisiones morales.

Por otro lado, la lectura *Cuidado de sí y alteridad en tiempos de pandemia*, disponible en el repositorio institucional de la Universidad Politécnica Salesiana (<https://acortar.link/M8jqeL/>), reflexiona sobre el papel del cuidado personal y colectivo en contextos de crisis.

Utopía y esperanza

La palabra *utopía* proviene de la combinación de dos términos griegos: *ou*, que significa “no” o “ningún”, y *tópos*, que significa “lugar”. Esta combinación puede traducirse como “lugar que no existe”. Las utopías, en esencia, representan sociedades inexistentes en la realidad, pero concebibles en la imaginación. Según Ricoeur (1997), son expresiones literarias que describen una sociedad ideal, donde se proyecta un mundo mejor, capaz de superar los problemas que afectan a la sociedad actual (Méndez, 2010).

Para Ricoeur (1997), las utopías son una forma de crítica social: permiten visibilizar las injusticias y los problemas de la sociedad contemporánea, al tiempo que ofrecen una visión alternativa y esperanzadora del mundo. Las utopías también pueden ser fuente de inspiración, ya que muestran que es posible construir una realidad mejor, e invitan a trabajar activamente para lograrlo (Méndez, 2010).

A lo largo de la historia de la filosofía se encuentran diversas obras que desarrollan propuestas utópicas. En la Antigüedad, *La República* de Platón presenta, a través del diálogo, una sociedad ideal en la que los ciudadanos son educados con el propósito de promover la justicia y la virtud. Durante el Renacimiento, destacan las obras de Tomás Moro y Francis Bacon. En *Utopía*, Moro describe una isla donde no existe la propiedad privada, se han eliminado las clases sociales y están ausentes los conflictos bélicos. Por su parte, en *La Nueva Atlántida*, Bacon retrata una sociedad insular que ha alcanzado un elevado nivel de desarrollo científico y tecnológico.

Estas obras conservan su vigencia en la actualidad, ya que ofrecen un punto de partida para reflexionar sobre los desafíos sociales

contemporáneos, y nos motivan a participar en la construcción de un mundo mejor. Las utopías abarcan una amplia diversidad de temas, como la dinámica familiar, el consumo, la propiedad, la organización de la vida pública y el papel de la religión, entre otros (Ricoeur, 1997). Esta variedad hace difícil encuadrarlas en un único marco teórico, especialmente debido a que algunas presentan contenidos contradictorios. Sin embargo, todas comparten una función crítica y, pese a sus diferencias, invitan a pensar en la posibilidad de una sociedad ideal (Méndez, 2010).

Ricoeur (1997) sostiene que las utopías deben entenderse como realizaciones posibles, no como sueños imposibles. Para Mannheim (1987), una utopía es una fuerza transformadora con capacidad para cambiar el orden social. Por lo tanto, las utopías están siempre en proceso de realización, en tanto cuestionan constantemente el *statu quo* (Méndez, 2010).

Mannheim (1987) sostiene que las utopías son fundamentales para el progreso social. Sin ellas, las sociedades carecen de objetivos y, por ende, de la voluntad de cambio. Esta ausencia provoca estancamiento y pérdida de la capacidad para comprender el mundo que las rodea. En una línea similar, Ricoeur (1997) considera que las utopías representan ideales que inspiran a trabajar por una nueva sociedad, mostrando que es posible construir una realidad más justa y próspera (Méndez, 2010).

Si bien es cierto que las utopías son una fuerza positiva que impulsa a las sociedades a avanzar y construir “otro mundo posible”, también es esencial reconocer el papel de la esperanza. Esta constituye una dimensión profunda del ser humano, que le permite creer en un futuro mejor, incluso en medio de la adversidad. La esperanza ofrece sentido a la vida y proporciona la fuerza para luchar por los sueños personales y colectivos (Méndez, 2022).

La utopía y la esperanza están estrechamente relacionadas. Ambas representan ideales que inspiran a construir un mundo más humano, basado en valores orientados al bien común. A través del pensamiento y la praxis, nuestros pueblos han encontrado en la esperanza y en la utopía un camino para resistir la opresión, conquistar la libertad y luchar por la justicia. Han hallado en la esperanza la fuerza necesaria para construir un futuro mejor (Méndez, 2022).

La esperanza, además de su dimensión transformadora, posee un componente espiritual. Nos conecta con algo superior a nosotros mismos, proporciona sentido de propósito y nos orienta hacia la felicidad. Por ello,

es una fuente constante de inspiración y cambio, una fuerza poderosa capaz de imaginar y dar forma a un mundo más justo (Méndez, 2022).

Dentro de este marco, resulta pertinente aludir a la encíclica *Fratelli tutti* del papa Francisco (2020), en la que el pontífice reflexiona sobre la utopía y la esperanza como claves fundamentales para la construcción de la fraternidad y la amistad social. El papa nos invita a caminar desde la esperanza, ya que esta constituye una dimensión esencial del ser humano, que lo capacita para creer en la posibilidad de una sociedad verdaderamente justa.

Según Francisco (2020), la esperanza está profundamente enraizada en nuestro ser: es sed de plenitud, anhelo de verdad, de bondad, de belleza, de justicia y de amor. La esperanza es audaz, no se deja limitar por las circunstancias ni por los condicionamientos históricos. Nos abre a grandes ideales, haciéndonos la vida más bella y digna. Es una fuerza que puede cambiar el mundo. Nos invita a repensar los problemas actuales y nos impulsa a luchar, colectivamente, por otro mundo posible. En tiempos de grandes desafíos, la esperanza es más necesaria que nunca. Es la energía que nos anima a seguir adelante y a trabajar juntos por un futuro mejor para todos.

La esperanza es una dimensión esencial del ser humano, que le permite pensar en un futuro más equitativo y encontrar sentido a la vida, desde la bendición de Dios. El reconocimiento del otro es fundamental para reconstruir sus derechos y valores inherentes a su ser. Este reconocimiento, además, invita a los demás a formar parte activa en la construcción de una sociedad pacífica. Cuando el reconocimiento del otro se convierte en una cultura compartida, se posibilita la gestación de un pacto social basado en el respeto, la tolerancia y la dignidad humana (Francisco, 2020).

Sin embargo, como advierte el papa Francisco (2020), cuando el otro no es reconocido, pueden surgir formas sutiles de violencia que buscan negar su existencia o su valor. Estas violencias se manifiestan en actitudes como el menosprecio, la discriminación o la exclusión. El rechazo de la violencia visible —como la física o la verbal— no siempre es suficiente para construir una humanidad verdaderamente fraterna. Es necesario también rechazar la violencia solapada, aquella que se manifiesta en el desprecio hacia el otro, especialmente cuando sus reclamos afectan los intereses de quienes ostentan el poder.

Para construir una sociedad de hermanos y hermanas, es necesario educar en el respeto al otro, sin importar su origen, cultura o creencias.

También es fundamental generar espacios de diálogo y encuentro, donde las personas puedan conocerse, compartir sus realidades y aprender a valorarse mutuamente (Francisco, 2020).

Profundización

Para explorar el papel de las utopías en la filosofía y su impacto en el pensamiento político y social, se sugiere revisar los siguientes recursos. El video *¿Sabes qué son las utopías? – Filosofía política – Tomás Moro* (<https://acortar.link/mbDsfr/>) ofrece una introducción accesible al concepto, con especial énfasis en la obra de Tomás Moro, padre del término.

Como lectura complementaria, *La esperanza utópica: Ernst Bloch y la reivindicación del futuro* profundiza en la dimensión transformadora de las utopías, abordando su valor como motor de cambio en tiempos de incertidumbre. Disponible en <https://acortar.link/YozDgK/>

GLOSARIO 2

Términos técnicos con sus respectivas definiciones

- **Amor:** fundamento de la vida humana, entendido en relación con la persona, la familia, la comunidad y Dios. En el contexto de la comunidad cristiana, el amor se manifiesta de dos formas principales:

Ágape: amor universal, incondicional y desinteresado. Es el amor que origina y sostiene la comunidad, al llevarnos a reconocer a todos los seres humanos como hermanos, y a actuar en consecuencia mediante el servicio, la ayuda mutua y la solidaridad.

Filadelfia: amor fraternal, vivido de manera concreta dentro de la comunidad cristiana. Es la expresión visible del *ágape*, que fortalece los lazos entre los miembros, generando vínculos de confianza, apoyo mutuo y pertenencia.

Así, el amor cristiano no es solo una emoción, sino una forma de vida que impulsa a construir relaciones auténticas, justas y compasivas, reflejando el amor de Dios en lo cotidiano.

- **Alteridad:** la palabra *alteridad* proviene del latín *alteritas*, que significa “otredad”. Está formada por la raíz *alter*, que significa “otro”, y el sufijo

-idad, que indica cualidad. Etimológicamente, nos remite a la condición de ser otro, de ser distinto del yo. Es un concepto que nos invita a reconocer la diferencia, la singularidad del otro y a construir relaciones éticas y justas con quienes nos rodean.

En su sentido filosófico, la alteridad es el reconocimiento radical del otro como distinto del yo, como portador de una identidad irreductible. Nos interpela a cuestionar nuestros prejuicios, a abrirnos a la perspectiva del otro y a asumir una actitud de respeto y responsabilidad.

Para Emmanuel Levinas (2012), *el rostro del otro* es el símbolo máximo de su alteridad y de su dignidad. El rostro no se impone por fuerza, sino que nos llama, nos interpela éticamente y nos convoca a responder. Así, la alteridad no es solo una categoría teórica, sino una experiencia viva que fundamenta nuestra responsabilidad ética hacia el otro.

- **Civilización del amor:** es un proyecto que busca construir una sociedad fundamentada en el amor como valor central. Este amor se manifiesta en las relaciones personales, en la vida social y en el compromiso con la creación de un mundo más justo y solidario.

El amor divino es el modelo que inspira esta civilización: un amor universal, incondicional y abierto a todos los seres humanos, sin distinción de cultura, religión o condición social. Este ideal no se limita a un sentimiento individual, sino que se traduce en acciones concretas que promueven la dignidad, la paz, la fraternidad y el bien común.

Por lo tanto, la *civilización del amor* es un proceso de transformación social, que se construye a través del esfuerzo humano, el diálogo, el respeto a la diversidad y el compromiso activo con los más vulnerables. Es una propuesta ética y espiritual que une fe y acción para edificar una sociedad donde todos puedan vivir con dignidad.

- **Comunidad:** es un grupo de personas que comparten valores, creencias o intereses comunes. La comunidad constituye una forma de organización social que facilita la interacción, la cooperación y la solidaridad entre sus miembros, con el fin de alcanzar objetivos compartidos.

Además de cumplir una función estructural, la comunidad proporciona a sus integrantes un sentido de pertenencia, apoyo, identidad y seguridad emocional. Es en este espacio donde las personas desarrollan vínculos significativos, se reconocen mutuamente y participan activamente en la vida común.

En el ámbito teológico, la comunidad se define como un grupo de personas que profesan una fe común y que viven su espiritualidad en comunión, guiadas por principios de fraternidad, servicio y amor cristiano. Es, por tanto, un espacio privilegiado donde se vive y se expresa la fe de forma colectiva.

- **Cuidado de sí:** la palabra *cuidado* proviene del latín *cura*, que significa “preocupación” o “atención”, mientras que *sí* hace referencia a la propia persona. Por tanto, el cuidado de sí puede entenderse como una práctica orientada a atenderse a uno mismo, tanto en el plano físico como en el emocional, con el propósito de vivir de manera más saludable y consciente.

El cuidado de sí es una práctica social que no solo nos ayuda a estar bien con nosotros mismos, sino que también facilita la conexión con los demás de forma más sana, plena y empática. Supone un ejercicio de autoconocimiento y autotransformación, en el que el sujeto se compromete activamente con su crecimiento personal y su bienestar integral.

Según Foucault (2002), el cuidado de sí es una forma de construir relaciones significativas, participar en la vida social y contribuir al mundo desde una ética del sujeto. Esta práctica permite reflexionar sobre la propia vida, redescubrirse y establecer vínculos más profundos y auténticos con los demás.

- **Encíclica:** carta solemne que el Papa dirige a los obispos, al clero, a los fieles y, en muchos casos, a toda la humanidad. Se trata de un documento de gran relevancia doctrinal y moral, mediante el cual el pontífice expone sus enseñanzas sobre un tema específico.

Las encíclicas abordan con profundidad temas de actualidad, como la paz, la justicia social, la ecología, la familia o los derechos humanos. También pueden centrarse en cuestiones doctrinales fundamentales, como la naturaleza de la Iglesia, la moral cristiana o la relación entre la fe y la razón.

Por tanto, las encíclicas constituyen un instrumento esencial del magisterio pontificio. A través de ellas, el Papa orienta la reflexión teológica y pastoral, comunica un mensaje claro a toda la Iglesia y ofrece una contribución significativa al diálogo con el mundo contemporáneo.

- **Esperanza:** la palabra *esperanza* proviene del latín *spes*, que significa “expectativa”. Está relacionada con la raíz *spec*, que remite a “mirar” u “observar”, y con el sufijo *-ia*, que indica cualidad. Desde su etimología, la esperanza se entiende como la actitud de quien mira con confianza hacia el futuro.

Es un principio que guía la acción humana en la búsqueda de un futuro mejor. Constituye una fuerza poderosa que nos impulsa a actuar, a creer y a mantener la fe, incluso en medio de la dificultad. La esperanza nos invita a repensar los problemas de nuestra realidad, a imaginar nuevas posibilidades y a trabajar por la construcción de un mundo más justo y solidario.

Además, la esperanza tiene una dimensión espiritual profunda: nos conecta con algo más grande que nosotros mismos, brinda un sentido de propósito y nos orienta hacia la plenitud. En este sentido, se convierte en un motor interior que nos ayuda a encontrar la felicidad, no solo como ideal futuro, sino como actitud activa en el presente.

- **Fratelli tutti:** la expresión *Fratelli tutti* proviene del italiano y se traduce como “Hermanos todos”. Está compuesta por *fratelli*, que significa “hermanos”, y *tutti*, que significa “todos”. Esta expresión remite a la fraternidad universal como principio fundamental que une a todos los seres humanos, más allá de sus diferencias culturales, religiosas o sociales. La frase fue utilizada por primera vez por san Francisco de Asís, quien se refería a toda la humanidad con un amor fraterno y universal, incluyendo incluso a la naturaleza y a las criaturas como parte de la creación.

La encíclica *Fratelli tutti*, publicada por el papa Francisco en 2020, retoma esta expresión para proponer una nueva cultura del encuentro basada en la fraternidad y la amistad social. El documento es un llamado urgente a cultivar un corazón abierto y acogedor, capaz de derribar muros de indiferencia, construir puentes de diálogo y generar estructuras sociales y políticas más humanas, inclusivas y justas, donde no haya lugar para la exclusión ni para el descarte.

- **Utopía:** la palabra *utopía* proviene de la combinación de dos términos griegos: *ou*, que significa “no” o “ninguno”, y *tópos*, que significa “lugar”. Etimológicamente, se traduce como “lugar que no existe”. Las utopías,

en este sentido, son representaciones imaginarias de sociedades ideales, concebidas como alternativas posibles a las realidades existentes.

Para Ricoeur (1997), las utopías son una forma de idealizar un mundo mejor mediante la imaginación. Su importancia radica en que nos permiten cuestionar críticamente la sociedad actual y nos inspiran a trabajar por su transformación.

Desde una perspectiva literaria y filosófica, las utopías se manifiestan como descripciones de sociedades perfectas, libres de los males que aquejan al mundo real. Funcionan como instrumentos de crítica social, ya que visibilizan las injusticias, desigualdades y contradicciones del presente, al tiempo que ofrecen una visión esperanzadora de una posible realidad alternativa.

- **Vida:** etimológicamente, la palabra *vida* proviene del latín *vita*, que a su vez deriva del griego *bíos*. Ambas palabras significan “vida” o “vivir”. Desde una perspectiva filosófica, la vida no se limita al mero hecho biológico de existir, sino que implica la capacidad de sentir, pensar y experimentar el mundo.

La vida humana, en particular, se distingue por su autoconciencia, libertad y la búsqueda de sentido. No nacemos con una existencia completamente determinada, sino con un conjunto de potencialidades que deben desarrollarse a lo largo del tiempo, a través del aprendizaje, la relación con los demás y la experiencia que nos brinda el ciclo de la vida.